LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 21 DE NOVIEMBRE DE 1887 — NÚM. 308

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Una conquista*, por don Luis Mariano de Larra. – *La diadema de doña Inés*, por la Baronesa de Wilson.—*El violín de un maestro de aldea.*

GRABADOS.—*Promesas...* copia de un cuadro de F. Vinea. — *A raíz del duelo*, cuadro de N. Sicard. – *Bebé*, cuadro de Lobrichon.—*En la fuente*, cuadro de Egisto Ferroni.—*Escribiendo á su novio*, cuadro de Ballavoine.—*Vista general del ferrocarril eléctrico para el servicio de mesa*, de M. Gastón Menier.—*Truck ó vagoncillo del ferrocarril eléctrico para el servicio de mesa.*—*Teatro municipal de Odessa.*—*Física sin aparatos.*

PROMESAS... cuadro de Francisco Vinea

Nuestros lectores conocen varias obras de Vinea, cuya importancia artística se acrisola y aumenta cada vez que exhibe un nuevo cuadro. En la Galería Pisani de Florencia, es de ver el que hoy publicamos, modelo de expresión y de factura delicadísima. A la simple vista se hace cargo cualquiera de los sentimientos que dominan en el galán seductor y en la desconfiada moza. Se trata de una especie de *capitán Alegría* que enamora á cuantas mujeres halla al paso y que, á trueque de una efímera conquista, no repara en hacer promesas que el viento se lleva. Afortunadamente la muchacha no es lerda y por esta vez nos parece que el pez no muerde el anzuelo. Capitán y moza son tal para cual.

Á RAÍZ DEL DUELO, cuadro de N. Sicard

Una vez más el arte se ha puesto al lado de la moral para condenar una preocupación detestable. Ha terminado el *lance de honor* y los testigos conducen á la víctima hacia el carruaje que há poco condujo á un joven lleno de vida y de esperanza, y se lleva poco menos que un cadáver. El artista no dice ni puede decir de qué parte estuvo la razón y de qué parte el agravio. Consigna las consecuencias del encuentro y consigue su objeto si el público se estremece.

Sicard, que es un pintor de envidiable talento, ha producido un lienzo de impresión con los menos recursos posibles: quizás esta misma sobriedad contribuye eficazmente al efecto. La desnudez del paisaje, la nieve que parece una mortaja en la cual han de ser más perceptibles las manchas de sangre, el cielo brumoso imprime un tono triste á la composición, todo está calculado con buen criterio y ejecutado con felicidad suma. Es un cuadro que produce una sensación de frío en el cuerpo y en el ánimo.

BEBÉ, cuadro de M. Lobrichon

El autor de este lienzo es tenido por uno de los primeros retra-

PROMESAS... cuadro de Francisco Vinea reproducción fotográfica del original

tistas franceses. Es de buen tono entre las damas que pueden pagar á alto precio la vanidad de verse reproducidas por una celebridad artística, hacerse retratar por M. Lobrichon. Y como ocurre frecuentemente que, aun satisfecho este deseo, queden fondos en la gaveta para continuar pagando á buen precio los servicios del ilustre pintor, del retrato de los padres se viene al retrato de los hijos, y acaba por existir una familia Lobrichon, especie de credencial que demuestra buen gusto, cosa muy estimable, y ser millonario, cosa más estimable aún.

El retratista de nuestro Bebé merece sin duda esa preferencia, pues domina el asunto y pertenece al escaso número de artistas que, al hacer un retrato, hacen un cuadro. El Bebé de Lobrichon pasará de tal Bebé á adolescente, de adolescente á joven, de joven á hombre maduro, de hombre maduro á hombre anciano... Del retrato, como á parecido, nadie podrá emitir juicio; con la desemejanza del original terminó el mérito de la copia. Pero el cuadro existirá; sus condiciones de factura, expresión, color y luz no serán influidas ni menos perjudicadas por el tiempo. Concluyó la importancia del retrato y empezó la importancia del cuadro... ¿Por ventura es otra cosa que una colección de retratos el famoso lienzo de Velázquez titulado: *Las Meninas*?

EN LA FUENTE, cuadro de Egisto Ferroni

El asunto de este cuadro no peca, ciertamente, de noble; antes bien la escena y los personajes son de un marcado género naturalista. Pero el autor, con singular talento, ha tratado de evitar los peligros de un realismo grosero embelleciendo su asunto todo lo posible, sin faltar en lo más mínimo á la verdad. Ha demostrado, además, que estudia perfectamente el natural y que, al agrupar discretamente las figuras, saca de ellas un partido notable bajo el punto de vista de la expresión individual, armonizada con el plan del conjunto. Para apreciar debidamente este lienzo falta lo que tiene el original y el grabado no puede reproducir de una manera perfecta, la luz y el color, que son los grandes medios de expresión en la escuela italiana y cuyos secretos conoce Ferroni perfectamente.

A pesar de lo cual, ¿por qué no hemos de decirlo?... encontramos que este cuadro carece absolutamente de poesía, y donde ésta falta, podrá existir una obra de arte, mas no del arte bello, delicado, sublime, que aun entre la hierba del terruño sabe poner de relieve á la pintada amapola.

ESCRIBIENDO Á SU NOVIO, cuadro de J. Ballavoine

Entre las más bellas *Doloras* de Campoamor hay una titulada: *¡Quién supiera escribir!*...en la cual está pintada de mano maestra la situación de la rústica enamorada que necesita el auxilio del señor cura para reducir á palabras legibles lo mucho que ama, en nada obstante su ignorancia. Y al encontrar tan frío intérprete de sus sentimientos en el sacerdote, exclama con justificado despecho: – *¡Cuántas cosas le diría, si supiera escribir!*...

Pues bien, el cuadro de Ballavoine, con ser innegablemente un hermoso cuadro, se nos figura el contraste ó reverso de aquella poesía. La hermosa joven del lienzo sabe escribir; posee á la perfección ese maravilloso medio de expresar sus ansias y sus placeres, sus temores y sus esperanzas, los mil y un encontrados afectos que asaltan y se disputan sus pensamientos...

Y sin embargo, la hermosa prometida, al doblar la primera hoja, ha agotado una materia inagotable y necesita pensar cómo llenará la segunda. Consecuencia: esa mujer no siente, esa mujer no ama; es bella y delicada como son bellas y delicadas las flores; es adorable como son adorables las imágenes; pero, al igual de las flores y de las imágenes, no tiene corazón. Si lo tuviera, se acabarían el papel y la pluma y la tinta antes de acabarse la materia. El tiempo demostrará que esa joven puede ser una honrada madre de familia; pero nunca será una consorte apasionada.

TEATRO MUNICIPAL DE ODESSA

Todos los pueblos cultos, incluso España, han comprendido y fomentado la influencia que el teatro ejerce en la ilustración y cultura del público; y todos los pueblos, menos España, han procurado que el templo fuera digno de los dioses. Así, en nuestro país, son pocos los teatros que pudiéramos llamar monumentales; al paso que en el extranjero, hacen alarde, y muy bien hecho, de la esplendidez y buen gusto demostrados en esta clase de edificios. Y no se crea que nos referimos á los teatros de las grandes capitales, como por ejemplo el *Nacional de la Opera* en París ó el Imperial de Viena: poblaciones de orden más secundario, como Milán, Francfort, Buda-Pesth y otras muchas pueden envanecerse de poseer teatros infinitamente superiores á los de nuestra patria, sin excluir el *Real* de Madrid, que costeamos entre todos los españoles, y el *Liceo* de Barcelona, que es una propiedad particular, como pudiera serlo una casa de cuatro altos ó una hacienda de pan llevar.

Comprobando nuestra tesis, ahí está el nuevo teatro, cuya vista exterior publicamos en el presente número; Odessa no es, ciertamente, una de las más principales ciudades del imperio ruso y, sin embargo, *véase qué edificio* ha dedicado al arte escénico. El nuevo *Teatro Municipal*, inaugurado el 13 de octubre último, es elocuente ejemplar de la importancia que se da al drama cantado ó declamado en aquellos pueblos que tenemos la pretensión de creer menos adelantados que el nuestro en el camino de la civilización.

De su grandiosidad y buen estilo, perteneciente al renacimiento italiano, da buena idea nuestro dibujo; debiendo añadir solamente que la parte escultórica es debida al eminente Frield y las pinturas al no menos eminente Lefler, habiendo ideado el proyecto general los especialistas profesores vieneses Fellner y Helmer. Como cuestión de detalle, y para que se tenga presente donde convenga, diremos tan sólo que veinte puertas distintas dan entrada y salida al salón de espectáculos; que en éste y en las dependencias todas del teatro no está admitida más iluminación que la eléctrica; que en todos los pisos hay salones para fumadores y para café-restaurant, y que la calefacción es tan igual y bien entendida como la ventilación, en todo el coliseo.

Aprendamos, pues, de los extranjeros lo que hemos de estudiar los propios, y formemos votos para que venga un día en el cual la administración local española permita levantar á beneficio del público, tomando el nombre del arte, un edificio tan grandioso, cómodo y bello como lo es el nuevo *Teatro Municipal* de Odessa.

UNA CONQUISTA

Cuento que no es millón, pero más verídico que un millón de cuentos

I

PROLEGÓMENOS

En primer lugar quiero que conste que no todos los Jaimes son conquistadores, ni todos los conquistadores se llaman Jaimes. Esto es importantísimo para mi cuento, aunque parezca axioma baladí y de poca monta. Al ver que mi protagonista se llama Jaime, y al saber que se trata de una conquista, podrían creer algunos lectores trascendentales, que yo quería describir un tipo *simbólico*, y deducir que en mi juicio, todos los que llevaran el nombre del guerrero cristiano é ilustre, Santiago, Jacobo, ó Jaime, eran por ende conquistadores de profesión y vencedores de oficio. No y mil veces no: mi Jaime se llama Jaime, como se podía llamar Aniceto, y su conquista fué mucho menos importante que la del delicioso jardín de España que conquistó el Apóstol.

Sentado este primer principio histórico, pasemos al segundo, que tiene mucho de lengüístico y neológico.

En Francia hay un verbo que, como otros muchos de los idiomas extranjeros, aunque más pobres que el nuestro, no tiene traducción moderna en el rico y armonioso idioma de Cervantes (1). El verbo *flaner*, y por ende el adjetivo *flaneur* que se erige en sustantivo aplicado al hombre que... y aquí entra la dificultad. Al que se pasea, sin oficio ni beneficio; al que duerme sin casa ni hogar; al que nada hace ó en nada se ocupa, se le llama en castellano... *vago*. Muy bien; es del verbo *vagar*, y estamos conformes.

Según el diccionario de la Academia Española, *paseante*, es el que pasea: y según el mismo, *paseante en corte* es el que no tiene destino, ni se emplea en alguna ocupación útil ú honesta, casi un *vago*.

Y de estas definiciones resulta que *pasear* significa, según la misma Academia, *andar en el campo, en la calle ó en el paseo, á caballo ó en coche por diversión, hacer ejercicio ó tomar el aire*. La Academia no dice nada de los que van á *pie*, ni de los que toman el *sol*. Ha de ser el *aire* lo que se tome, y ha de ser á *caballo ó en coche*. Respetemos á la Academia y convengamos en que nuestro verbo *pasear* es el *promener* francés: ambos son también recíprocos, y por ambos, el *promeneur* transpirenaico es el *paseante* español. ¿Pero y el *flaneur*? Ese no es el vago, pero equivale á él; puesto que el vago no tiene oficio ni beneficio, ni la *vagancia* se parece en nada al *flanear* francés.

Flanear (passez-moi le mot) es pasear despacio, mirando las musarañas, siguiendo á las muchachas, deteniéndose en los escaparates, yendo de aquí para allí, sin objeto, sin fin determinado de tomar el aire, ni el sol; siempre á pie... y nunca en *coche ni á caballo;* siempre por la calle y nunca por el campo. Además el *flaneur* puede tener oficio y hasta beneficio; y ocuparse en cosas útiles y hasta *honestas*. De modo que no es el paseante español ni menos el paseante en corte. Es un ser casi siempre inteligente; de gustos artísticos, de carácter ligero, de ideas filosóficas, un si es no es desengañado del mundo y de sus pompas; perezoso, soñador, *gurmet;* amigo de matar el tiempo y que busca el descanso de graves ocupaciones ó de negocios difíciles, en una ó dos horas de vagancia espiritual. No *vaga*... *divaga* moral y físicamente, y sin saber las más veces por dónde le llevan las piernas, recorre una ó dos leguas sin darse cuenta de distancias, sitios ó parajes.

Así como el borracho es un mal bebedor, así el paseante es un mal *flaneur*. Para flanear se necesita algo más que pasear. Se flanea siempre pensando... se hacen observaciones, se inventan paradojas... se deducen consecuencias, hasta se resuelven problemas. Cualquiera, por tonto que sea, puede pasearse; pero no todos saben *flanear*. Y por eso, sin que el flanear constituya una ciencia, es ocupación de seres algo superiores. Los poetas, los artistas, los políticos, los millonarios, los canónigos, flanean á la perfección; y los comerciantes, los boticarios, los menestrales, los lugareños, no saben más que pasearse.

En España, y sobre todo en Madrid, hemos tenido *flaneurs* distinguidísimos. Célebres son los *paseos* de Mesonero Romanos (El Curioso Parlante) y célebre debía ser el *flanear* constante de Eulogio Florentino Sanz, autor de *Don Francisco de Quevedo* y *Achaques de la vejez*, ilustre poeta y autor dramático, que murió sin saber cómo, ni casi cuándo ni casi dónde. Tal y tan rápido es el manto del olvido con que la sociedad moderna envuelve el recuerdo de los hombres ilustres que pierde cada día, á compás del bombo periodístico atronador con que elogia á todas sus presentes nulidades.

En pocos años han pasado á mejor vida (ó mejor muerte me parece más propio) Hartzenbusch, García Gutiérrez, Rosales, Ayala, Florentino Sanz, Matilde Díez, Gaztambide, Selgas, y maldito si recuerdan siquiera sus nombres (no sus obras, que fuera mucho pedir) los asiduos lectores del doctor Garrido, el agua de Carabaña y los programas del circo de Price.

Y si E. Florentino Sanz, que siempre estaba en la calle, y que jamás supo la hora que era, fué un *flaneur* de los más completos, no es de extrañar que mi amigo *Jaime*, artista distinguido y de clarísimo ingenio, se diera á ese vicio, si tal puede llamarse, y dedicara gran parte de su tiempo... á matar el tiempo.

Jaime, pues, no era Jaime el conquistador, y sin embargo no dejó de hacer conquistas, como lo prueba este cuento y como lo confirma más el título del mismo. Quedan concluídos los prolegómenos y pasemos á mi cuento.

II

JAIME EN ESCENA. ARIA

No era viejo, ni mucho menos, pero ya no era joven. Su edad figuraba en esa decena llena de misterios, desengaños y peligros. De 40 á 50 años es cuando todos los nombres difieren más entre sí: *Sicut vita, finis ita;* eso dice el proverbio que se refiere sin duda á esa decena. Para los que han tenido una juventud borrascosa, en que no han economizado el fuego sacro, los derrochadores de la vida, esa decena está henchida de malas digestiones, dispepsias prematuras y neuralgias tenaces. Para los hombres de bien, para los casados reglamentarios, para los metodistas, los 45 años están llenos de realidades positivas y exuberantes. Nada de fuegos fatuos, nada de intempestivas alucinaciones, pero en cambio, ¡qué seguridad, qué aplomo tranquilo, qué enérgicas determinaciones! Jaime no pertenecía del todo á los últimos, pero tampoco era rigorosamente de los primeros. Algo comenzaba á inquietarle la gota, pero era sólo en el dedo meñique del pie izquierdo... algo se aclaraba su cabello, pero era sólo hacia la nuca; por lo demás, la mirada era clara, el andar seguro, la risa franca, el pulso fuerte. Sus 47 años no parecían 54 ni 41... sino 46 y medio ó 47 y cuarto. Tenía la edad que representaba, que no es poco en esta época de vejeces prematuras y reumas anticipados. Jaime, pues, era *todavía* un hombre, en toda la extensión de la palabra. Si no muy rico, estaba bien acomodado; era arquitecto en sus horas de trabajo; *flaneur* infatigable en sus días de ocio. Una hora después de almorzar, salía de casa infaliblemente. —¿Dónde? —A cualquier parte. —¿Para qué? —Para pasar el tiempo. —¿Con quién? —Siempre solo.

Empleaba más de media hora en su toilette, que no es mucho tiempo para el aseo y adorno de un hombre moderno, y después de echar la última ojeada á un espejo, se calaba su sombrero, empuñaba el bastón, encendía su cigarro... y á la calle.

Esto hizo, como casi siempre, el día de mi cuento, y andando andando se encontró... naturalmente en la Puerta del Sol, sitio el más á propósito para los vagos, paseantes, paseantes en corte y *flaneurs*.

La tarde estaba fresca, pero el tiempo era seco y el sol brillaba espléndido en esa bóveda azul madrileña, que no tiene rival en ningún país, en el invierno. Jaime empezó á subir la calle de la Montera mirando á todas partes, sin fijarse en ninguna; despacio... muy despacio, como se lo permitían los tranvías, Ripers, coches, carros y peatones que apenas dejan sitio á los transeuntes por aquella cuesta mal empedrada. Sin saber cómo, y efecto sin duda de la abundancia del género, Jaime empezó á fijarse en el sin número de mujeres de todas clases y condiciones, de todas caras y edades, que bajaban y subían por las aceras, salían y entraban de las tiendas, cruzaban en todas direcciones en aquella calzada estrecha, confusa y anti-estética. Era día de mujeres bonitas; pues como saben todos los observadores (y los *flaneurs* lo son por derecho propio), hay días nefastos y días venturosos. En aquéllos, parece que no salen de su casa más que las viejas y las feas: en éstos todas son aceptables; desde la chula desgarrada hasta la pollita aristocrática. ¡Qué pies! ¡qué cinturas! ¡qué ojos! ¡qué líneas curvas, miradas de frente y de perfil, y por la espalda! Jaime empezaba á admirar, pero aun no se fijaba. Parecía tener preconcebida la idea de que no le agradara del todo ninguna. Una andaba mal; otra tenía un sombrero demasiado grande... aquella tenía el vicio incorregible de detenerse delante de todos los escaparates... etc., etc. De pronto, al llegar á la esquina del Caballero de Gracia, célebre ya en España por la *Gran vía* más que por el olvidado Jacobo Gratis, chocó con una morena graciosísima que atravesaba la red de San Luis en dirección á la calle de Jacometrezo. Bajo un abrigo corto, forrado de piel de marta, que modelaba á la perfección un cuerpo esbelto y airoso; bajo un sombrero de alta y puntiaguda copa, y á través de un espeso velo de puntitos, se admiraba más que se veía, una cara picaresca; un cutis pálido, unos ojos negros de largas pestañas, y una boca, nido verdadero del amor, roja y fresca como una rosa de Alejandría bañada de rocío. Por lo demás, el corte, el movimiento, la manera de pisar y la marcha de una mujer distinguida y elegante.

III

DUO

No era de seguro aquella mujer, una de esas *paseantas* que desean ser seguidas, y cualquier amigo que hubiese visto á Jaime apresurar un poco el paso detrás de la desconocida, le hubiera dicho indudablemente que corría el riesgo de perder su tiempo y se exponía al peligro de hacerse antipático ó inconveniente.

Jaime habría hecho de seguro un gesto de indiferencia y hubiera continuado su intentada persecución.

La joven continuaba su camino con paso firme, golpeando las losas con sus taconcitos sonoros y moviendo su talle con un ligerísimo balanceo de caderas, inocentemente voluptuoso. Jaime había escogido bien. Comenzó por pasar delante de ella apresurando el paso, para poder detallarla de perfil al pasar á su lado, y de frente al volverse.

Al cabo de unos cuantos minutos de esta ingeniosa y sencilla maniobra, la joven se apercibió bien pronto de que era seguida. Levantó los ojos para saber quién era el intruso que se permitía molestarla en su paseo ó curiosear su viaje, y vió á Jaime en el pleno ejercicio de sus evoluciones. Un mohín de desagrado y mayor apresuramiento en la marcha, fué el resultado inmediato de su examen.

– Esto es hecho, – dijo Jaime, – aquí se acaba mi *flanear* de hoy, y empieza mi ocupación; aceleró el paso y conservó la distancia oportuna en estos casos. —¡Qué monísima es! – decía in mente siguiendo con interés las graciosas ondulaciones producidas á cada paso por el abrigo forrado. – ¡Qué buen gusto en ese traje ocultador de sus encantos! En su modo de andar hay algo de misterioso. Diríase que va á una cita. ¡Bah! ¡y á mí que me importa! con tal que conserve su gracia y que vaya muy lejos no habré perdido de todo el día.

En la esquina de la calle del Horno de la Mata, Jaime vió á un buen mozo, rubio, alto, á cuerpo á pesar del frío, que parecía contemplar con gran interés los tubos de cristal de una lampistería. El joven rubio sonrió imperceptiblemente á la joven del abrigo y siguió detrás de ella.

– ¡Hola! ¡hola! —pensó Jaime. – Parece que vamos á ser dos. Mejor; así será la expedición más divertida.

Pero esto pareció no convenir á la joven: con una rápida ojeada indicó al joven rubio que alguien la seguía. Este volvió la cara rápidamente y lanzó una mirada oblicua á Jaime que hizo como si nada hubiese visto. Y no podía suceder más. La calle es de todo el mundo, y á menos que el señor rubio no fuera el hermano ó el marido (cosa poco probable, dadas sus maneras misteriosas), no podía en ninguna forma impedir que Jaime persistiera en una persecución, que fué continuada por él del modo más concienzudo del mundo.

IV

TERCETO

Ya no andaban, corrían casi. Ella delante, como la corza que espera á fuerza de rapidez escapar de los cazadores; después, á unos diez pasos de distancia, Jaime, sudando la gota tan gorda y con cara risueña, y luego, á cinco pasos detrás de él, el joven rubio, pálido é iracundo.

Al llegar á la calle de la Luna, ya los transeuntes volvían la cabeza.

—Es una carrera, – decían algunos.

—¿Será una apuesta? – exclamaban otros.

—¡Qué pasollevan! Parecen bomberos, – dijo un chico.

Así llegaron nuestros conocidos á las puertas del teatro Lara. Del atrio del teatro mismo, surgió de repente, y como por escotillón, un nuevo personaje.

V

CUARTETO

Alto, fornido, de cincuenta años de edad, de aspecto grave y terrible; con el sombrero sobre las cejas y el cuello del gabán levantado hasta las alas del sombrero, se irguió iracundo ante la linda morena, exclamando:

—Y ahora, esposa infiel, ¿me lo negarás todavía? Lee, lee lo que me han escrito: «Encuéntrese V. á las dos de la tarde frente á la travesía de la Ballesta y verá V. por quién va su mujer acompañada, hoy lunes, lo mismo que la semana pasada y lo mismo que siempre.» Hace un cuarto de hora que te espío, lo mismo que á este caballero, y por fin he pillado á los infames que me deshonran! Y se volvió amenazador hacia Jaime que se limpiaba el sudor copioso de su frente.

– ¿Este caballero? —exclamó la joven indignada. —¡Si no conozco á semejante hombre y en mi vida le he visto! He venido á hacer unas compras á la *Isla de Cuba* y este tipo me sigue desde la calle del Caballero de Gracia. Con todo mi corazón me alegro de haberte encontrado para que me libres de su insoportable é importuna persecución.

Esto dicho, la linda morena entró resueltamente en la tienda de seis puertas de esquina á la calle de la Puebla, seguida de cerca por el joven rubio que llegaba al mismo sitio en aquel momento.

El marido se dirigió entonces á Jaime.

—Supongo que ya comprenderá V. que necesitamos tener una explicación.

—Sea, —contestó Jaime. —Pero se aglomera la gente y yo no tengo gana de darme en espectáculo. Sigamos andando como si tal cosa.

—Adelante, sigamos, – dijo el marido; y mientras continuaban por la calle de la Corredera, Jaime vió de reojo á la joven morena salir por la puerta última del almacén y entrar con el joven rubio en una casita de persianas verdes contigua á *la Isla de Cuba*.

– Vamos, – pensó Jaime, – he servido de pantalla y de pararrayos; no tiene gracia que ahora me reviente este tío.

—¡Caballero! ¡basta! – dijo en la calle del Pez á su acompañante. Yo no tengo nada que ver con V. ni con su mujer. Ella ya se ha ido á paseo; yo quiero seguir el mío; conque váyase V. á paseo también y en paz.

—Toma, canalla. Esto es un bofetón y esto es mi tarjeta; estoy á sus órdenes: y sacudiendo un cachete mayusculo al pobre Jaime, siguió el marido celoso por la calle arriba, mientras Jaime abofeteado y aturdido por el golpe, retrocedió por la calle abajo. Al pasar por la casita de las persianas verdes, alzó maquinalmente la cabeza y vió...

VI

DESENLACE

Al joven rubio que salía furioso del portal presa de una emoción extraordinaria. Ver á Jaime y lanzarse sobre él fué cuestión de un segundo.

—¡Ah! ¡tunante! ¡viejo inmundo! Tenorio sin vergüenza: tú has tenido la culpa: ¡toma!... – y *sin oír* las exclamaciones de Jaime, le sacudió el bofetón más tremendo que han visto los nacidos. – Ahí tienes mi tarjeta; búscame si quieres.

Jaime se dirigió á su casa, con los dos carrillos hinchados, con dos tarjetas, que no eran suyas, y sin ganas de volver á *flanear* en toda su vida.

VII

MORALEJA

No sigas á muchacha ni á jamona,
si quieres estar bien con tu persona.

Luis Mariano de Larra

(1) Decimos *moderna*, porque en castellano antiguo, *barzon* valía paseo ocioso, *barzonear*, pasearse ociosamente, ó sin fin determinado, que es el *flanear* francés.

Á RAÍZ DEL DUELO cuadro de N. Sicard, reproducción directa

EL MUNDO AMERICANO

LA DIADEMA DE DOÑA INÉS

ANÉCDOTA

I

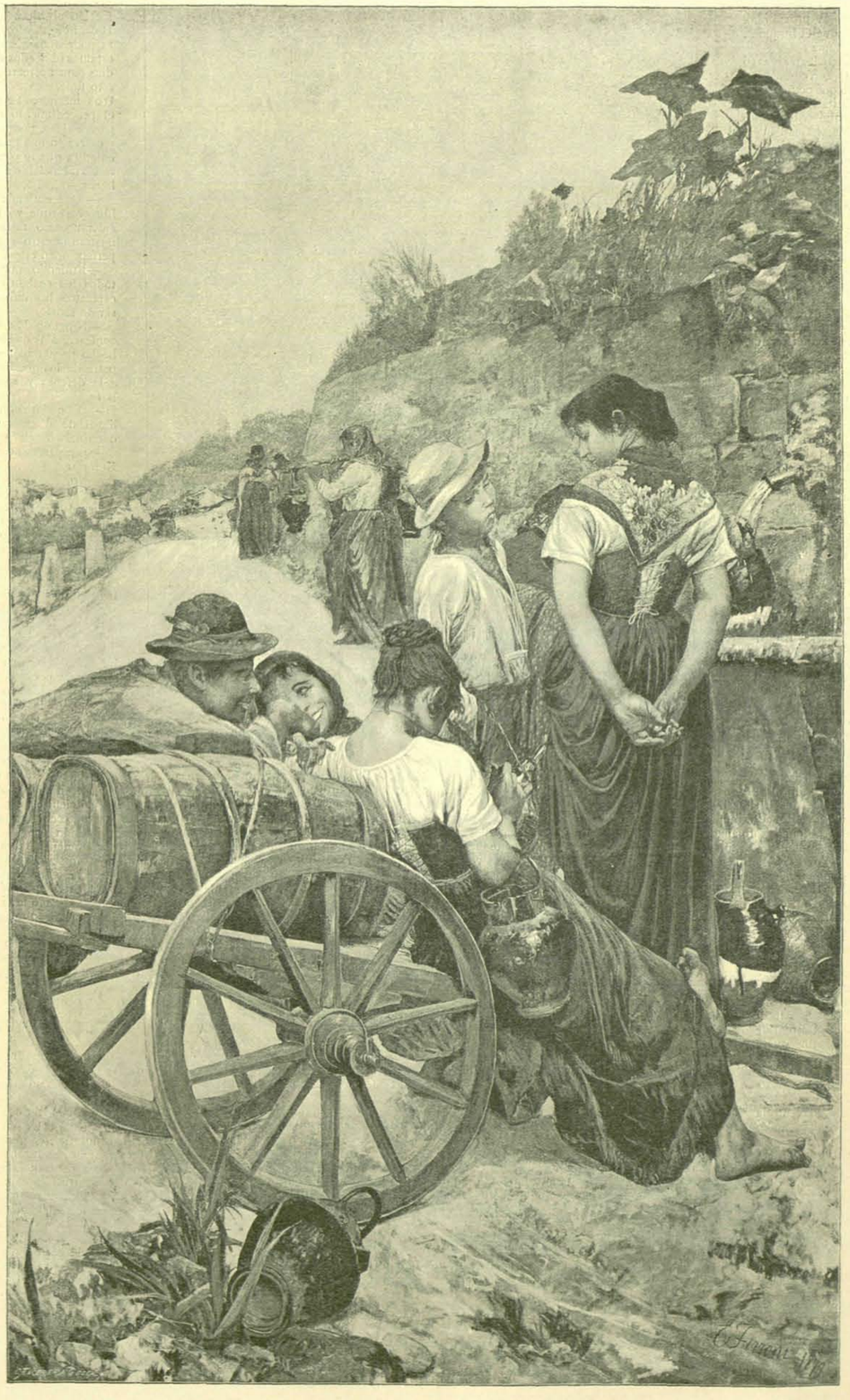
Eran las diez de la mañana de un caluroso día del mes de enero (1), cuando entraba en la maravillosa bahía de Río Janeiro un buque portugués.

Sobre cubierta se veían multitud de pasajeros, contemplando embelesados aquella tropical naturaleza, rica, extraña y variada.

Los valles y ensenadas que aparecen medio escondidos entre los altos montes, verdes, lozanos, frondosos, en los cuales jamás humana planta imprimió su huella, la

(1) Hay que notar es la época de calor fuerte en aquellas latitudes.

BEBÉ, cuadro de M. Lobrichon, expuesto en el Salón de 1887, grabado por Baude



JUNTO Á LA FUENTE, reproducción fotográfica de un cuadro de Egisto Ferroni

vegetación exuberante, habían cautivado poderosamente á un caballero que, apartado de los demás, no se cuidaba de la proximidad del puerto, ni de que el buque se disponía á echar anclas.

La algazara de los demás le sacó de su meditación y, aun cuando con sentimiento, tuvo que ocuparse en atender á las felicitaciones de dos ó tres personas, que á bordo de una elegante falúa, habían llegado en aquel momento.

—Su Alteza os espera con impaciencia, señor conde, – dijeron con profundo respeto.

—Pues señores, estoy á sus órdenes.

—Desde que se anunció vuestra llegada como portador de un presente de gran valía, Su Alteza ha contado los días, las horas y los instantes.

El conde de Linhares, enviado del duque de Borba, regente de Portugal, sonrió y guardó silencio.

La curiosidad de los cortesanos, se vió defraudada.

El noble portugués se dirigió á la escala, descendió seguido de los dos brasileños, saltó á la falúa y ésta voló, sobre las rizadas ondas, hasta llegar al muelle.

Allí subieron al carruaje que debía conducirlos á palacio.

El conde de Linhares, sorprendido y curioso, estudiaba el aspecto de la población, se fijaba en las robustas negras, que vendían frutos y flores, y admiraba sus brazos y sus hombros descubiertos.

Media hora más tarde, el enviado de Lisboa estaba en presencia de Juan VI acompañado por algunos cortesanos.

El príncipe regente contestó al saludo del embajador y le dijo:

—Señor conde, estoy impaciente por saber cuál es el depósito confiado á vuestra lealtad.

—Antes de contestar á V. A. me permitirá hacer algunas explicaciones.

. . . . . .

—Señor: en los disturbios políticos, han sido profanadas varias tumbas, entre otras la de la bellísima cuanto desgraciada Inés de Castro, esposa del infante de Portugal don Pedro, hijo de Alfonso VI.

—He ahí las consecuencias del desbordamiento social: esa es la ventaja que resulta de la emancipación de las masas populares; desórdenes y profanaciones, que deben corregirse con brazo de hierro. Continuad, conde.

—Ignoro si V. A. tiene conocimiento de que uno de los atractivos de doña Inés era su cabellera de oro, cantada y celebrada por todos los poetas de su tiempo.

—Efectivamente; creo que fué una de las redes en donde quedó preso el corazón de don Pedro

—Pues aquella profusa y natural diadema que coronaba la cabeza que debió ceñir una corona, yacía en tierra al lado de la tumba, cuando un pobre monje la recogió y presentó más tarde al Regente del reino.

—¿Quien la habrá conservado como una reliquia?— preguntó el Regente.

—Tal fué la idea de Su Alteza, pero calculando que podría serle grato á la casa real del Brasil obtener ese precioso depósito, determinó que fuese yo el portador.

—¿Y esa cabellera, en dónde está?

—Aquí, señor.

Y el conde de Linhares puso en manos de Juan VI un precioso cofrecillo.

El príncipe regente levantó la tapa.

Sobre un rico almohadoncillo de raso blanco, se veían colocados artísticamente los brillantes y dorados cabellos, sedosos y perfumados, como si aun coronaran la frente de la infortunada deidad á quien su soberana belleza la había sido tan fatal.

¿Quién ignora esa leyenda de amor, tan poética y dramática á la vez?

¿Quién no ha leído con placer y dolor las conmovedoras y tiernas páginas consagradas á la que fué reina después de morir?

II

La dorada cabellera fué el objeto de la curiosidad general entre los cortesanos y su admiración creció cuando el sol, invadiendo la regia estancia, dió á los cabellos caprichosos cambiantes, proyectando una fantástica cascada de luz é inspirando entre los circunstantes un sentimiento misterioso, indefinible.

Aquella hermosa madeja parecía encerrar invencible atracción y conservar el poder fascinador de otros tiempos.

Los cortesanos estaban poseídos de inexplicable emoción y hasta el Regente guardaba silencio, y no separaba la vista de aquel presente que le enviaba Portugal.

ESCRIBIENDO Á SU NOVIO, cuadro de Ballavoine

Los infortunios de doña Inés de Castro acudieron á la memoria de todos, y bella, majestuosa, resignada y amante, tomó cuerpo é hizo latir los corazones.

Pero de repente inesperada ráfaga de viento abrió con estrépito uno de las ventanas, y los cortesanos, estupefactos por el repentino cambio que anunciaba próximo huracán, sintieron disiparse la extraña alucinación.

El cielo, poco antes sereno y tranquilo, aparecía sombrío y amenazador.

En el espacio, cargado de electricidad, brillaban los relámpagos y retumbaba el trueno.

Los pajarillos, asustados, saltaban de árbol en árbol y la naturaleza parecía sobrecogerse por la proximidad de la tormenta.

El príncipe regente sentía invencible terror por las tempestades de los trópicos y corrió despavorido en busca de un asilo contra el rayo.

El cofrecillo fué abandonado sobre una mesa y otra ráfaga de viento, más fuerte que la primera, arrebató los rubios cabellos, en medio de las exclamaciones de los cortesanos y de los esfuerzos inútiles del conde Linhares, para recogerlos.

En alas del poderoso elemento recorrieron los jardines, los valles y praderas; subieron á la elevada cima de las montañas; descendieron á los abismos; se elevaron de nuevo como lluvia de oro, y la brisa, acariciándolos y meciéndolos, hizo se remontasen á las colinas, en donde cuenta la tradición formaron los nidos de los preciosos pájaros que se conocen con el nombre *rayo de sol*, mezclándose con sus plumas y según dice un poeta brasileño, prestándoles su espléndido color.

La suerte es caprichosa.

Aquella cabellera, deleite y admiración de don Pedro de Portugal, acompañó á la tumba á doña Inés de Castro y fué más tarde, impregnada con su esencia, orgullo y gala de los bosques del Brasil.

La Baronesa de Wilson

EL VIOLÍN DE UN MAESTRO DE ALDEA

(Continuación)

—¡Llevas las cosas á un extremo!...

—Que no tiene réplica, señor Cura. San Pablo dice: *Bonum est homini mulierem non tangere.*

—Oyeme sin embargo. La perfección absoluta sólo reside en Dios; ni á nosotros se nos exige, ni podríamos alcanzarla; pero sí estamos obligados á poner los medios para acercarnos á ella: y en esto únicamente consisten nuestros méritos. Te rebelas contra el procedimiento establecido, te parece duro, porque te falta la fe, y entras en una pendiente tan resbaladiza que te conducirá al abismo. Tú has leído sin duda malos libros, – añadió.

—¿Qué entiende V. por malos libros? porque yo no puedo considerar como tales aquellos que ilustran nuestro entendimiento y perfeccionan el raciocinio.

—Entiendo por libros malos todos los se han escrito con un espíritu de hostilidad hacia la Iglesia de Cristo.

—Ninguno de esos he leído y confesaré á V. que los que me han hecho pensar han sido la mayor parte de los que hay consagrados á la defensa y sostenimiento de la fe.

—¿Y qué tienen que ver los libros de disciplina con los de doctrina?—replicó el Cura.

—¿Te parece acaso mal libro el Kempis?

—No.

—Pues si lo que dice en sus páginas sublimes es verdad, no podrá serlo igualmente lo que las contradiga. ¿Existe acaso en la tierra algún ser en el que se realice la perfección ideal?

Florencio pensó en Magdalena, pero sin vacilar contestó:

—Ciertamente que no.

—Pues por esa razón buscamos el modelo en el cielo.

—Ha dicho V., señor Cura, y ha dicho bien, que la perfección absoluta, y por consiguiente la verdad, sólo residen en Dios. De modo que entre los hombres la verdad ó es convencional ó es objeto de controversia. En las cuestiones que caen bajo el dominio de la razón se puede llegar al convencimiento por medio de la demostración; pero en cuestiones de sentimiento cada uno se erige en supremo juez, porque el hombre ejerce sobre su conciencia una soberanía de derecho divino y todo atentado contra esta soberanía de derecho divino es una violación de la ley natural más respetable. Si el hombre conociera de una manera científica su origen y su destino, no sería la fe la base de la religión. No pudiendo descifrar el enigma busca en ella un refugio para su bienestar moral, y así, donde su ciencia acaba la religión empieza; y como la ciencia no llega en todos á la misma altura, sucede lo mismo en sentido inverso con la religión.

—Según eso – interrumpió el Cura, – no anduvo muy acertado Bacón cuando dijo que un poco de filosofía natural nos alejaba de la religión, pero que mucha nos volvía á conducir á ella.

—No hay que confundir, señor Cura, el espíritu religioso que nace de la filosofía con la religión positiva que ella destruye. El mismo Bacón ha dicho: *Veritas filia temporis, non autoritatis*, y contra esta autoridad que pretende uniformar las creencias impidiendo todo raciocinio se rebela nuestra conciencia. Conserva la Iglesia el depósito sagrado de la fe como una alhaja inapreciable, esperanza y consuelo de la humanidad; pero si alguien se atreve á examinarla y llega á decir que la piedra preciosa no está engarzada en oro fino, en vez de demostrarle su error, le odia, le insulta, le escarnece, le persigue y le quema vivo para escarmiento. La razón está tan débilmente arraigada en nuestra conciencia que basta un segundo de pasión para convertir al hombre en una fiera; y así como la tolerancia es consecuencia de la razón cultivada, así la intolerancia lo es del fanatismo corruptor de la inteligencia que tantos estragos ha causado. Este procedimiento, señor Cura, me repugna y me parece contrario al espíritu del Evangelio é indigno de la razón humana.

Absorto quedó el Cura con este discurso. Repetía en voz baja el nombre de Jesús con tal rapidez que apenas se entendía. Por fin dijo:

—Amigo Florencio, el estado de tu alma me causa una pena tan profunda que no acierto á explicarlo. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! Pero aun has de volver al buen camino, pues Dios no permite que almas como la tuya se perviertan.

Ya había anochecido completamente y se hallaban á la puerta de la Rectoral; pero antes de separarse, dijo el Cura:

—Oyeme por última vez. ¿Ha podido por ventura la razón humana descifrar el misterio de nuestra existencia?

—No.

—Pues desconfía de una facultad intelectual que no conduce á nada. Y te aseguro que si aplicas tu criterio racional á las cuestiones de fe, te extravías. La fe no pide inteligencia, que es en nosotros muy limitada: pide corazón que rebosa en sentimiento. ¡Amor! ¡Amor! – y se metió en casa.

IV

¡Amor! ¡Amor!—repetía Florencio, dirigiéndose á la suya. —¡Qué amor! Obra de amor es la creación: el amor la conserva. Sin amor las madres no podrían criar á sus hijos. Romper los lazos que nos ligan á la tierra para vivir moralmente en el cielo, diga el señor Cura lo que quiera, es y será un extravío de imaginaciones exaltadas. ¡No! Dios no puede exigir la destrucción de su propia obra, y los afectos humanos puros, no son por lo tanto incompatibles con los que nos unen á la divinidad.

Aceleró el paso como el que repentinamente toma una determinación y llegó á su casa á la hora en que solía cenar en compañía de su madre. Terminada la cena se encaminó apresuradamente á casa de Magdalena. La noticia que le había comunicado el Cura no podía tener origen más seguro, pues el alcalde era asiduo á la tertulia de Magdalena. Sin embargo, quería cerciorarse por sí mismo. Aquella noticia había dado al fuego de su pasión un vigor extraordinario, y el presentimiento de su desgracia se confundía ya en su mente con la realidad misma. En aquella noche se iba á decidir su suerte. Si Magdalena se casa... dijo... me ordeno. Pero, ¿y si no se casa?... Se detuvo un momento, mas impulsado por la pasión que le dominaba dejó aquel interrogante sin respuesta emprendiendo de nuevo la marcha con ánimo más resuelto todavía. Al llegar á casa de Magdalena vió por las ventanas, que estaban abiertas, grande iluminación en el interior, oyendo á medida que se iba acercando una conversación animada con alegres carcajadas que tomó por signo poco favorable. Su presencia inopinada en la tertulia causó gran sorpresa á todos los que la componían. Allí estaban el alcalde, el médico, el notario, dos ó tres vecinos más, que habían estado en América, y el maestro. Magdalena recibió á Florencio con grandes muestras de alegría, que él interpretó como efecto de la satisfacción producida por una resolución recién tomada. Todo cuanto observaba corroboraba su presentimiento. Hasta una variación que notó en la colocación de los muebles le parecía consecuencia de un cambio total de ideas que le hacían más extranjero en la casa y quizá en el corazón de la dueña. Observó también que el maestro, de carácter tímido y modesto, obraba con una libertad de acción y confianza como si fuera una persona de la casa; y más se confirmó en esta idea cuando vió que se entendía con Magdalena por medio de ese lenguaje monosilábico, convencional y rápido que sólo origina una grande intimidad. Todo esto iba observando atentamente durante la conversación general. El médico le preguntó cuándo se hacía cura, y Magdalena, sin esperar la contestación de Florencio, preguntó al maestro, si estaba dispuesto á ejecutar alguna pieza en el violín. Se levantó inmediatamente el maestro y sacando su Stradivarius del estuche se colocó al lado de Magdalena que ya estaba sentada al piano.

Florencio no había oído nunca á ningún violinista célebre, y por lo tanto aquel Paganini sin nervios y sin sangre le pareció un artista muy notable, tanto más cuanto que con su arte había cautivado el corazón de Magdalena. Esta, por su parte confirmaba aquella sospecha haciendo signos de aprobación en ciertos pasajes, llegando en otros hasta suspender su acompañamiento de piano para aplaudir con las manos. Otro hubiera visto en aquellos aplausos un benévolo estímulo, pero á Florencio le parecieron arrancados por un verdadero entusiasmo.

Terminada aquella pieza, como todo el lauro había sido para el maestro que había ejecutado la parte principal, rogaron todos á Magdalena que cantase. Accedió al momento, y cantó *L' Amor Funesto* de Donizetti *Più che non ama un angelo t'amai...* con acento tan patético y conmovedor, que cautivó el auditorio. Hasta el alcalde, que tenía el corazón duro, se enterneció, mientras que el de Florencio, herido por el amargo despecho, sufría un cruel martirio: y cuando por último oyó al médico preguntar en voz baja al alcalde cuándo tendría lugar la boda, se apoderó de su ánimo una agitación tal que apenas podía dominarla. Procuró abreviar el martirio despidiéndose de la tertulia. Todos le rogaron que repitiese la visita, y Magdalena, en el mismo tono jovial con que le había recibido, le dió la mano á la inglesa sacudiendo fuertemente el brazo y diciendo: *¡A sweet repose and pleasant dreams!*

V

Aquel modo de despedirle pareció á Florencio un cruel sarcasmo, y cuando se halló fuera de la casa, solo, en el camino tortuoso que conducía á la suya, se detuvo un momento para poder respirar, pues la aflicción le ahogaba. El valor de las ilusiones no se conoce hasta que se pierden, y aquellos sueños de ventura que tantas veces le habían seducido y que por sus insensatas vacilaciones había dejado de realizar, eran entonces indispensables á su alma, y su pérdida le causaba una pena más cruel que la muerte misma. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, pero ¡quién tenía la culpa de su desventura sino su propia y necia indecisión! Conociéndolo así y como avergonzado de su debilidad de espíritu se apresuró á enjugar aquellas lágrimas que significaban para él la despedida del mundo. Cuando una gran pena nos agobia nos parece que toda la naturaleza toma parte en ella, porque todo refleja la impresión que nos domina: así el ruido lejano del mar que realzaba la majestad de aquella noche profundamente oscura, imprimía cierto carácter de grandeza al sacrificio de Florencio.

Los habitantes de las grandes poblaciones, acostumbrados al alumbrado nocturno y al pavimento uniforme de las calles, no pueden formarse idea siquiera del efecto de la oscuridad en una aldea. Los más conocedores del terreno tienen que andar á tientas como el que lleva los ojos vendados para evitar caídas peligrosas. Pero los peligros son siempre graduados por el estado de nuestro ánimo y Florencio no sólo no los temía sino que por el contrario los deseaba. Así caminaba resueltamente desquiciándosele con frecuencia todos los huesos á cada paso que daba en vano. Ya más sereno decía: indudablemente, razón tiene San Pablo: las aflicciones de este mundo son momentáneas y sirven para prepararnos la felicidad eterna. Debo pues agradecer á la Providencia Divina la dura prueba á que me ha sometido. Sintió entonces un punzante remordimiento de cuanto había dicho aquella tarde al Cura, y ansiaba la llegada del día para ir á confesarle su extravío, pedirle humildemente perdón y anunciarle que se hallaba dispuesto á recibir las órdenes sagradas.

Revivían entonces en su imaginación con intensísimo vigor las impresiones infantiles, los recuerdos de tiempos pasados que parecen más felices cuanto más tristes son los presentes. Veía el viejo retablo de la Iglesia con todos sus detalles, las imágenes de los santos de tosca escultura parecían fijar en él sus miradas con una imponente severidad y principalmente dos diablos que en forma de cariátides adornaban el basamento á cada lado del altar y en cuyos rostros, que expresaban un angustiosísimo esfuerzo, solía él apagar las luces después de misa. Resonaban en sus oídos los sublimes cantos sagrados; las terribles estrofas del *dies iræ*, que tantas veces había oído impasible en presencia de los muertos, le conmovían entonces profundamente; que el estado de nuestro ánimo es el regulador de los sentidos. Ya se contemplaba él en el día de la celebración de su primera misa, revestido con los ornamentos sacerdotales entre flores, incienso y luces recibiendo plácemes y felicitaciones. Descubría entre los fieles las fisonomías que le eran más conocidas, destacándose entre todos la expresiva y simpática de Magdalena que contemplaba absorta su apoteosis.

Llegaba entonces á un bosquecillo de robles situado en una profunda hondonada que tenía que atravesar para subir después á su casa, cuando al penetrar entre los árboles cuyas ramas estremecía una fresca brisa vió avanzar hacia sí dos pequeños focos circulares de vivísimo fuego despidiendo rayos tan finos como los que forma la luz cuando se la mira al través de las pestañas. Desapareció de repente el tumulto de ideas que agitaba su mente. Suspenso detuvo el paso; y creyendo que aquellas luces pudieran ser los ojos de algún lobo, aunque no frecuentaban la comarca, levantó con ademán amenazador el garrote que llevaba; pero una carcajada áspera y estrepitosa le heló la sangre en las venas dejándole un momento suspenso en aquella actitud. Todo tembloroso hizo luego una cruz con los dedos porque ya no le quedaba duda acerca del personaje que tenía delante.

—¿No sabes, infeliz,—dijo el de la carcajada,—que detrás de la cruz está el diablo?

Florencio entonces se arrepintió de todo corazón de sus culpas y encomendándose á Dios recobró valor para sostener la presencia de aquel espíritu infernal que, sin embargo, todavía oprimía su pecho como una horrible pesadilla.

—Nada temas, – prosiguió la voz, – pues no vengo á hacerte ningún daño.

Repuesto Florencio instantáneamente del susto, lo que atribuyó á favor divino, contestó:

– Pues dime luego qué pretendes de mí.

—Hace mucho tiempo, – replicó el diablo, pues él era en persona, – que eres ventajosamente conocido entre nosotros, pues si bien hemos recibido de tí ofensas graves, nos ha sido tan grato al oído cuanto has dicho esta tarde al Cura que no sólo las has borrado completamente, sino que por unanimidad hemos decidido mis compañeros y yo acogerte bajo nuestra noble, leal y desinteresada protección; y sabiendo que precisamente ahora más que nunca, necesitas del auxilio de verdaderos amigos, mis compañeros me han elegido á mí, Belfegor, Príncipe de los Infiernos, para venir á ponerme á tus órdenes y trocar en perfecta dicha la sombría tristeza que te agobia.

(Continuará)

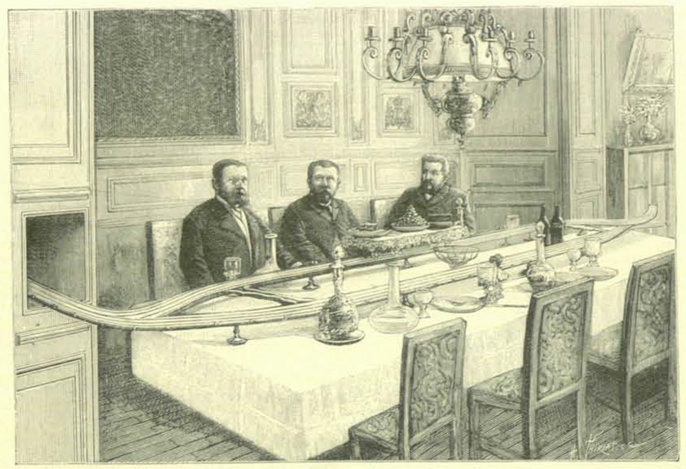


Fig. 1.—Vista general del ferrocarril eléctrico para el servicio de mesa, de M. Gastón Menier

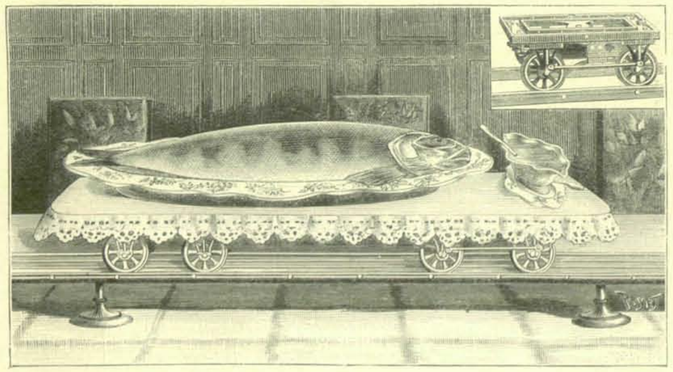
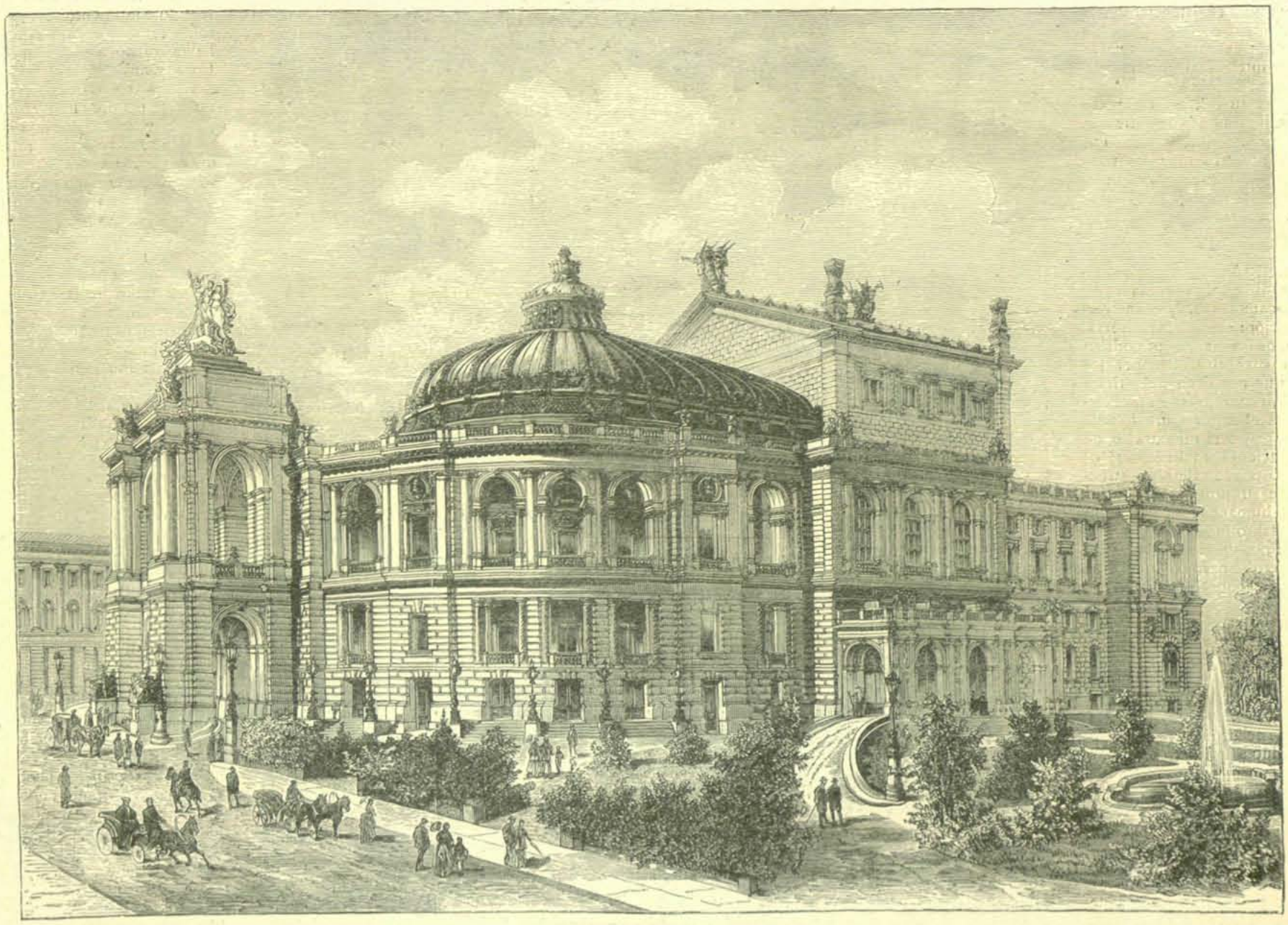


Fig. 2.—*Truck* ó vagoncillo del ferrocarril eléctrico para el servicio de mesa

VÍA FÉRREA ELÉCTRICA

PARA EL SERVICIO DE UNA MESA

El alumbrado, es sin disputa, la más importante aplicación en las distribuciones de la fuerza eléctrica, pero no la única; y sólo citaremos como ejemplo la ingeniosa y pequeña vía férrea establecida por M. Gastón



TEATRO MUNICIPAL DE ODESSA, copia de un dibujo de su arquitecto

Menier en su comedor, la cual completa felizmente la instalación del alumbrado.

Disponiendo de acumuladores, siempre á punto de funcionar, M. Gastón Menier combinó y mandó construir el curioso conjunto de que vamos á dar cuenta, y que le permite desempeñar fácil y rápidamente el servicio de una comida, sin que ningún criado haya de penetrar en el comedor. Un *tren* ó aparato que pasa y se detiene delante de cada comensal, efectúa con la mayor actividad, bajo la dirección del dueño de la casa, todas las maniobras esenciales de un servicio puntual y bien ordenado.

El tren, que va desde la cocina á la mesa, y desde ésta á la otra; para traer los platos, retirarlos, etc., comprende dos partes esenciales: la vía y el vehículo; la primera se compone de cuatro rails paralelos montados en tablitas de encina y ajustados punta con punta, en número proporcionado á la longitud de la mesa, es decir, al número de comensales; los dos rails exteriores, que reciben *las ruedas* del aparato, están aislados uno de otro, y en comunicación con el inductor del motor dinamo-eléctrico.

Los dos rails interiores, en los que ruedan pequeñas piezas de contacto, ponen la corriente eléctrica (una batería de 20 acumuladores) en comunicación con el inductor del motor, por medio de un conmutador colocado á la derecha del dueño de la casa, que permite suspender las funciones del aparato ó variar su dirección, merced á un simple cambio en el sentido de la corriente en el inductor.

Las tablitas de encina en que se fijan los cuatro rails reposan en soportes colocados de trecho en trecho, y que elevan la vía á 10 centímetros sobre el mantel; el vacío así practicado debajo de la vía utilízase para poner los objetos usuales del servicio, cubiertos, saleros, etc. Aunque las ocho ruedas que sostienen el tren forman dos boggies colocadas en sus extremidades, como la plataforma mide 75 centímetros de longitud, sería difícil hacer trazar á este sistema una semicircunferencia en la extremidad de la mesa, pues el radio de esa curva apenas tendría de 40 á 45 centímetros. El problema se ha resuelto sustituyendo la curva, por un sistema automático de agujas. La vía que parte de la cocina, donde se colocan los platos en el tren, atraviesa un pequeño túnel y llega al comedor: el aparato encuentra un primer juego de agujas donde la vía se divide en dos partes que pasan respectivamente á derecha é izquierda, por delante de cada línea de convidados (en la figura 1 se han suprimido los que deben servirse por la vía derecha, ó de llegada, para despejar la mesa); y en la extremidad opuesta reúnense las dos vías en una sola, de manera que forman un camino cerrado.

Los dos juegos de agujas se mantienen en una posición dada por medio de unos resortes, y la vía se forma siempre por un mismo lado. Cuando el tren encuentra un juego de agujas en el mismo sentido que sigue, franquéale sin dificultad, pero al retroceder, como aquellas están *de punta*, toma la segunda vía; de modo que da vuelta á la mesa en sentido inverso de las agujas de un reloj, yendo de izquierda á derecha sobre la vía de este lado, y de derecha á izquierda sobre la vía de atrás, es decir, aquella en que se representan los tres convidados (fig. 1).

Inútil parece decir que el tren que corre en una de las vías para servir las dos líneas puede franquearla á voluntad en ambos sentidos, mas para hacerle pasar de una vía á otra, ha de franquear necesariamente el juego de agujas de la derecha, que es el más alejado de la cocina.

La desviación de la vía es de 115 milímetros, anchura suficiente para asegurar una estabilidad satisfactoria en el material movible sin obstruir la mesa.

El tren (fig. 2) se compone de una plataforma de 75 centímetros de longitud por 22 de anchura, que gira sobre dos bases: en una de éstas se halla el motor, y la otra no es más que un *truck* con dos ejes que sirve de soporte.

El motor dinamo-eléctrico que hace funcionar la base motor está constituído por un doble carrete en T, género Siemens; el uso de dos carretes en ángulo recto evita los puntos muertos, asegurando el desamarre en todas las posiciones; las cuatro ruedas de la base están acopladas por bielas para aumentar la adherencia, gobernándolas un engranaje que reduce su celeridad en la relación de 1 á 9. El gasto de fuerza eléctrica es insignificante, pues la corriente no pasa de 0,5 á 0,6 Ampère, con una fuerza electromotriz de 36 volts. El tren pesa 7 kilogramos cuando está vacío, y puede llevar 25. Si se intercalan resistencias en el circuito, será dado variar la celeridad normal entre 10 centímetros y 1 metro por segundo. El desamarre y la detención son muy rápidos, permitiendo la simple inversión de la corriente llevar con mucha rapidez el tren desde un punto de la mesa al otro.

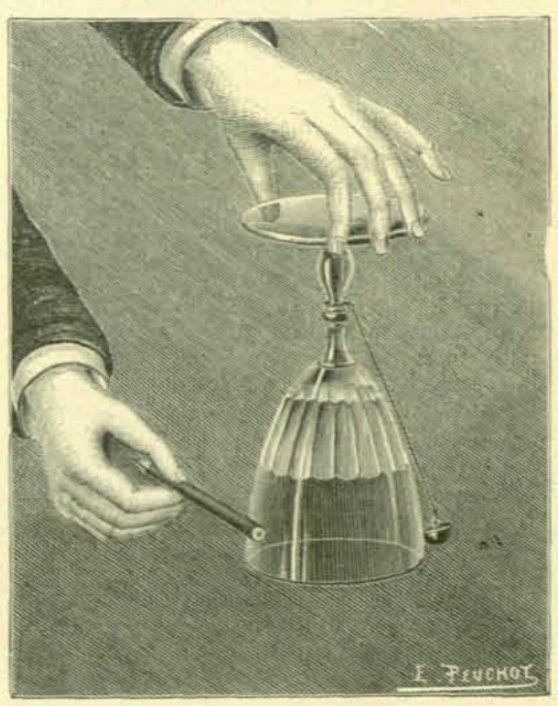
Es una maravilla ver con qué docilidad el tren obedece instantáneamente á las órdenes del amo de la casa, haciendo de por sí el servicio, por la hábil maniobra de un conmutador que está bajo su mano. Esto es un refinamiento de comodidad y una graciosa cortesía, que comunica á los banquetes un carácter especial de animación íntima.

Semejante instalación nos ofrece también un nuevo ejemplo de los mil servicios que la electricidad puede prestar en la vida doméstica; y debemos dar gracias á M. Gastón Menier por habernos proporcionado ocasión de apreciar el encanto que tiene esta curiosa é interesante aplicación.

(Tomado del periódico *La Nature*)

FÍSICA SIN APARATOS

VIBRACIÓN DE LOS CUERPOS SONOROS. – Fácil es de mostrar el principio de la acústica que se expresa diciendo: todo cuerpo que emite un sonido está en vibración. En la base de una copa de cristal invertida se ata un pequeño péndulo formado por un hilo en el que se fija un botón cualquiera, que debe apoyarse en la parte inferior de la copa, como se indica en el grabado; con un lapicero se golpea el cristal, que emite un sonido; y mientras se produce este último, el botón salta en la superficie de la copa haciéndose así evidentes las vibraciones.



Vibraciones de un cuerpo sonoro

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN